

EL FIN DEL ORDEN MAQUIAVELICO INTERNACIONAL

Por JAVIER ROIZ
Saint Louis University

«El estudio y los libros no son suficientes
para sostener a los Estados» (1).

SUMARIO

I. CADUCIDAD DEL MAQUIAVELISMO.—II. EL DEBATE MORAL.—III. LA DEMOCRACIA COMO PANACEA.—IV. LA FRAGMENTACIÓN RACIONAL DEL MAPA POLÍTICO.—V. ELEMENTOS DISOLVENTES.—VI. REINVENTAR EL MUNDO.—VII. EUROPA COMO PREMIO.—VIII. SUICIDIO Y SUPERVIVENCIA MUTUOS.—IX. LA UNIÓN DE LA HUMANIDAD.

Machiavelli pasa, con razón, por ser el creador de una visión de la política en la que el Estado es el gran actor. Y es cierto que él supo identificar con anticipación la artificialidad de la política en lo que hoy conocemos como Estado. Aparte de la cohesión que las lenguas daban a los pueblos, o de la unidad que las religiones imprimían en los Imperios, haciendo surgir, como en el caso del cristianismo o el islam, ejércitos gloriosos, Machiavelli supo darse cuenta de que lo político era un principio arquitectónico mediante el cual se construían actores globales que operaban en una dimensión propia. La política dejó así de ser algo esotérico o secundario respecto a otros

(1) NICCOLÒ MACHIAVELLI, en carta, desde Verona, del 7 de diciembre de 1509, citada por ALLAN GILBERT (ed. y trad.): *Machiavelli. The Chief Works and Others*, 3 vols., Durham, N. C., Duke University Press, 1965, vol. 2, pág. 739.

movimientos o vivencias, para aparecer ante los ojos del occidental como una elaboración intelectual y afectiva del hombre, refinada y compleja, que posee unas leyes internas no accesibles al ciudadano a menos que éste acuda a una *ciencia específica de lo político*. Una ciencia al alcance únicamente de aquellos que posean la sensibilidad y la inquietud necesarias.

A pesar de contribuir a generar esta idea tan respetuosa y realista de lo político, una visión que podemos llamar moderna, Machiavelli fue lo suficientemente medieval como para no incurrir en la trivialidad de considerar la política presa fácil de una mente racional ensorberbecida. Para Machiavelli, lo intrincado de la política no se debía a su complejidad, sino al hecho de emanar de una dimensión superior al sujeto que la hace inaccesible al pensamiento pilotado. De ahí que Fortuna, un personaje dotado de autonomía, aparezca colocada como centro activo, como principio motor no movido por nadie de todo el pensamiento maquiavélico. Se puede decir que Machiavelli es un moderno que no sucumbe a la angustia de tener que cerrar su sistema de pensamiento.

El surgimiento de la nación y de su reflejo burocrático que es el Estado como actores últimos de la acción megapolítica, es una conquista europea. Un gran avance en la comprensión europea de lo político que condujo a interpretar las acciones y los hechos colectivos con otras claves. Y a organizar la convivencia territorial con nuevas estrategias y resultados. Por todo esto, cualquier otro análisis que quiera dejar de lado ese férreo dogma del estatalismo, o simplemente lo adúltere, se convierte automáticamente en algo perturbador. Esta es la sensación que un europeo tiene ante opiniones como las del ministro japonés Seisuke Okuno cuando, en 1988, todavía afirma que «Japón luchó en la guerra por asegurar su seguridad... La raza blanca había convertido a Asia en una colonia. Bajo ningún concepto fue Japón» (2). Esta opinión, probablemente popular en Japón, provocó en su día una grave crisis política y quebraderos de cabeza a su autor debido a las reacciones adversas en Occidente.

La gran conquista de la visión maquiavélica ha sido el desvelar para siempre la artificialidad de la política, ya que esto conduce necesariamente a tener que admitir que lo político es ante todo estrategia. Con Machiavelli, lo político deja de ser acaecer que tenía que ser narrado *a posteriori* con asombro, magnificencia, solemnidad y un poco de consternación, para transformarse en entramado de estrategias enigmáticas pero no misteriosas, tras

(2) Declaraciones de SEISUKE OKUNO, ministro de Gobierno de Japón, efectuadas el 22 de abril de 1988, durante su visita al santuario Yasukuni, erigido en memoria de los muertos de la guerra, citado en *The New York Times*, miércoles 11 mayo 1988, pág. A14.

las cuales se esconden fuerzas producidas por la inteligencia personal o, en todo caso, por violencias psíquicas colectivas. Machiavelli no introduce a Fortuna, un concepto de origen mítico, para inhibir el pensamiento racional, sino para estimularlo a saltar a una dimensión superior de consciencia, y a la que sólo se puede tener acceso si se usa una nueva forma de pensar (3).

La proyección a América del individualismo europeo y de su invento de la estatalidad —vía soberanía— ha extendido una visión del mundo, del planeta, en la que los Estados aparecen como los actores del drama mundial. Ellos son los que tienen entidad bélica y jurídica, y los que se mueven por la superficie de la Tierra originando acciones y transformaciones que les convierten en responsables morales de la acción internacional. Son los titanes de la megapolítica.

Vistas así las cosas, podría pensarse que esos Estados son los mismos personajes que Machiavelli buscaba para poder entender y explicar la acción global con el *software* limitado de nuestras cabezas. Parece que esos gigantes en acción son justamente la entraña de la gran política. Y, a juzgar por lo que presentan nuestros medios de comunicación y de lo que aprendemos en las escuelas occidentales, así parece ser. Da la sensación de que en lo estatal hemos encontrado la terminología adecuada para medirnos con esa gran incógnita que es lo que pasa sobre la corteza de la Tierra.

Consecuentemente, el gran anhelo perpetuo del pensamiento político, la paz total, queda en manos de lo que consigan esos héroes y antihéroes míticos que son los Estados. De ellos depende, pues, que la Tierra esté en paz o que sea escenario de batallas.

La consecución de la paz como incentivo de la acción pública tiene su fundamento lógico en una atadura esencial del Estado a su tarea primordial de la supervivencia. La gran tarea del Estado moderno es la supervivencia. La paz es supervivencia y la causa internacional no es otra que la de la paz para sobrevivir. En esta dirección se trazarán los grandes programas en favor del desarrollo, el intervencionismo o la mediación.

La concepción de lo político como estrategia abre campos amplios a la intervención del hombre y permite el *avance científico sin ataduras*. Para esta visión moderna de la política todo es replanteable, con el único límite de lo que nuestro conocimiento dé de sí y de que los medios materiales no falten, lo que significa que la capacidad de maniobra de los Estados se hace peligrosamente autónoma. Su destino empieza a estar en gran medida en sus

(3) Sobre este punto son interesantes las reflexiones de LEO STRAUSS: *Thoughts on Machiavelli*, Glencoe, Ill., Free Press, 1958, págs. 213 y sigs. En lo que respecta al concepto de Fortuna, STRAUSS atribuye al pensamiento de Machiavelli la condición de cuasi-teología (*ibidem*, pág. 215).

propias manos. La tecnología y el saber aplicado pueden guiarles a nuevos terrenos que antes les eran remotos.

¿Puede un Estado ser tan autónomo y capaz de alcanzar lo inalcanzable? ¿Es factible que a través del talento y del trabajo tenaz los Estados destruyan las plagas martirizantes del hambre, la enfermedad y la muerte violenta? Los avances de la ciencia y de la tecnología industrial y militar nos aseguran que sí. Que todo está a nuestro alcance, a través del Estado, si aplicamos nuestra capacidad con la estrategia adecuada y con la convicción necesaria.

Estrategia y psicología son, cada vez más, dos reinas en el mismo territorio.

I. CADUCIDAD DEL MAQUIAVELISMO

Si, como cierto tratadista de las relaciones internacionales resume, «el primer orden de los asuntos de cualquier Estado es el asegurar su propia supervivencia» (4), las relaciones entre Estados están abocadas a ser competitivas. Al menos siempre serán agresivas en aquellos momentos en que la existencia de alguna de las partes se sienta amenazada. Y dada la especialización y prioridad que la tarea de sobrevivir ha llegado a adquirir en el mundo contemporáneo, un mundo que intenta verse a sí mismo con la visión moderna de la vida interestatal, las relaciones entre Estados tendrán que estar siempre *intensamente teñidas de amenaza*.

El logro de sobrevivir, algo que en principio parece una cuestión de ataque o defensa eficaz, dista de ser un asunto sencillo. Con la disgregación de las identidades estatales y con el consiguiente aumento del número de Estados, la situación se ha complicado mucho. Los Estados se ven urgidos a desarrollar estrategias cada vez más astutas en la previsión de las situaciones adversas, de ahí que recurran a las más diversas formas de *prevención* de la guerra. Este desplazamiento en el tiempo de la preocupación por el desastre futuro es lo que ha originado las acciones pacifistas que promueven el desarrollo económico y social como antídoto contra el germen de la guerra. Y es lo que mueve a políticos de la segunda mitad del siglo XX tan prestigiosos como Willy Brandt,

«dado que no puede haber supervivencia sin la prevención de una Tercera Guerra Mundial, dado que el desarrollo significa paz, debemos al menos comenzar a organizarnos para cooperar y dar al desarrollo pacífico una oportunidad» (5).

(4) A. W. PORTE: *Europe Between the Superpowers*, New Haven, Yale University Press, 1979, pág. 1.

(5) W. BRANDT: *Arms and Hunger*, New York, Pantheon Books, 1986, pág. 208.

La utilización de la tecnología y de la ciencia política para indagar en las causas técnicas de la violencia no tiene otro fin que abortar la guerra antes de que nos toque. El asunto es lograr controlar esta catástrofe, como se intenta en su caso controlar los efectos de las fuerzas naturales, con el fin de sortear los peligros que amenazan a la estatalidad. Algo fácil de comprender en el marco de la mentalidad moderna, siempre y cuando no olvidemos que la supervivencia que siempre se busca es la del propio Estado, no la de los individuos ni la de las instituciones sociales.

Claro que, ¿cuál es la supervivencia del Estado? ¿Qué implica tal expresión? ¿Significa el mayor número de individuos por él regidos? ¿O el mayor número de individuos con cualidades ponderadas como prioritarias? ¿Entran en el cálculo valores histórico-políticos o virtudes abstractas como la dignidad de la nación o el prestigio de una sociedad?

II. EL DEBATE MORAL

Naturalmente que estas preguntas resultan muy incómodas cuando se introducen en el ámbito de la estatalidad, en el que, por definición, *el debate moral queda estrangulado de hecho*.

La intimidad estratégica de la política de los Estados conduce irremediablemente a la extinción paulatina —hecha con vergüenza o disimulo— del debate moral. La crudeza y la excepcionalidad del trámite guerrero afecta a este tipo de política y, como consecuencia, los Estados barren todos aquellos frenos a su acción arbitraria que no estén respaldados por amenazas insuperables. Henry Kissinger, con admirable franqueza, nunca tuvo reparo en mostrar esta actitud:

«No veo por qué necesitamos quedarnos parados y observar cómo un país se hace comunista debido a la irresponsabilidad de su propia gente» (6).

La necesidad de intervenir en el interior de otros países, dentro de una sociedad mundial de Estados, entra en contradicción inmediata con la propia definición de la estatalidad. ¿Qué Estado moderno puede tolerar una intromisión que él no haya solicitado? Dada la esencia racional pura de la estatalidad, resulta irreal cualquier idea que pretenda contar con Estados que

(6) H. KISSINGER: *The New York Times*, 25 septiembre 1973, citado en L. S. STAVRIANOS: *The Promise of the Coming Dark Age*, San Francisco, W. H. Freeman, 1976, pág. 166.

dejen su autonomía decisoria, es decir, toda su autonomía, en manos de otro u otros Estados. La intervención de un Estado dentro de otro Estado sólo es posible, en la lógica de la estatalidad, por acuerdo previo, con petición de intervención por parte del Estado afectado o por invasión de competencias y territorios.

El sistema megapolítico actual, el mismo que el escritor ruso Aleksandr Solzhenitsyn calificaba como «sistema occidental», se encuentra hoy enfrentado a realidades totalmente nuevas que están ya haciendo peligrar la supervivencia de todo el planeta. Son fenómenos de finales del siglo XX que, cuando amenazan la supervivencia de los Estados, lo hacen *desde arriba*, desde la extinción de una realidad superior a ellos, el planeta; una realidad de la que cada uno participa como *socio político de todos los demás Estados* (7).

El riesgo de extinción global ha disparado ya en algunos lugares los primeros mecanismos políticos encaminados a cancelar dicha amenaza. Algunos países carecen de capacidad para reaccionar ante un peligro que les sobrepasa por provenir de una realidad muy superior y para el cual no están equipados. Otros, a pesar de carecer de los medios de defensa adecuados al tamaño del problema, han reaccionado violentamente con las nuevas armas de nuestro siglo que son la publicidad en los foros internacionales o las relaciones públicas; pero en casi todos los casos se detecta mucha ansiedad expectante sobre el desenlace de situaciones difíciles aparecidas por un horizonte que nadie vigilaba.

El reconocimiento de amenazas presentes que afectan *a todos a la vez* y que no se pueden resolver mediante las acciones de intervención conocidas hasta el presente, es un fenómeno de consecuencias todavía no previsibles. Como bien señala Andrei D. Sakharov, «los peligros mundiales de la guerra, el hambre, los cultos a la personalidad y la burocracia son peligros para toda la humanidad» (8). Sakharov es uno de los pocos personajes lúcidos que se ha atrevido a pedir insistentemente la producción de una moral política planetaria:

«La división de la humanidad la amenaza a ella misma con su propia destrucción. La civilización está en peligro debido a una guerra termonuclear universal, un hambre catastrófica para la mayor parte de la humanidad, la estupefacción proveniente del narcótico de la 'cultura de masas' y del dogmatismo burocrático, una expansión de los mitos de masas que ponga a pueblos y continentes ente-

(7) A. SOLZHENITSYN: *Détente*, New Brunswick, Transaction Books, 1980, pág. 10.

(8) A. D. SAKHAROV: *Progres, Coexistence and Intellectual Freedom*, New York, W. W. Norton, 1968, pág. 30.

ros bajo el poder de demagogos traidores y crueles y a la destrucción y degeneración que traigan las consecuencias imprevisibles de los cambios bruscos en las condiciones de vida de nuestro planeta» (9).

Sakharov concluye adecuadamente que cualquier acción estatal debe quedar sujeta a una nueva moralidad planetaria mucho más racional que la previa existente en el maquiavelismo moderno. La aplicación de los mismos presupuestos racionales que siempre se han usado y la propia sujeción a la razón de Estado nos llevan hoy, debido a las nuevas referencias existentes, a conclusiones radicalmente distintas. De ahí que, «a la vista de estos peligros, cualquier acción que incremente la división de la humanidad, cualquier postulación de la incompatibilidad de las ideologías y de las naciones del mundo es una locura y un crimen» (10).

Sakharov escribe precisamente con la mentalidad del científico al que, paradójicamente, complacen los presupuestos maquiavélicos, y es quizá por sentirse a gusto dentro de su marco por lo que se atreve a concluir con advertencias de tipo político. Habla como un científico que se siente muy en casa afrontando una ciencia de las relaciones internacionales, de la megapolítica, a la que concede toda su entidad de tal. Y su dictamen es contundente:

«Un paso vital sería el revisar ese método tradicional de afrontar los asuntos internacionales que puede denominarse 'empírico-competitivo'. En su más simple definición, éste es un método que busca la máxima mejora de la posición de uno en todos los frentes posibles, y, simultáneamente, es un método para causar el máximo desagrado a las fuerzas oponentes sin consideración del bien común ni de los intereses comunes» (11).

Este razonamiento, que tiene la fuerza de ajustarse a la mentalidad moderna por provenir precisamente de ella, pone inteligentemente al descubierto el callejón sin salida en el que las relaciones internacionales se encuentran a fines del siglo xx. En un mundo de racionalidad estatalista como el mundo moderno, la aparición de los nuevos elementos que Sakharov señala tan oportunamente desmantela en su esencia la articulación de la visión moderna. Su patética llamada a una nueva conversión moral que él, desde luego, sólo se atreve a sugerir asustado como *vuelta al pasado*, es, a nuestro juicio, re-

(9) *Ibidem*, pág. 27.

(10) *Ibidem*.

(11) *Ibidem*, pág. 36.

presentativa de la deprimente situación en que se encuentra la política contemporánea.

El optimismo moderno, tan desenfrenado en ocasiones, se halla hoy en una situación francamente depresiva. A pesar de querernos convencer constantemente de sus triunfos, está desorientado ante las separaciones que se van produciendo entre el pensamiento moderno y la realidad de los intereses de la humanidad. Igual que el pacifismo de Albert Einstein pretendió compensar su histórica carta al presidente Roosevelt (12), en la que le pedía que los Estados Unidos desarrollasen la bomba nuclear, el saber moderno se devana por parar una situación previamente causada por su propia eficacia (13).

La convicción de que la política moderna ha llegado al límite y ha perdido el control de sus avances militares es tan profunda, que algún líder de visibilidad mundial se ha atrevido a denunciar lo siniestro de unas defensas que están condenadas a destruir a aquellos que las han inventado (14). Helmut Schmidt admite que las armas nucleares tácticas «no defenderán Europa, sino que la destruirán» (15). Todo el mundo, literalmente hablando, se ha lanzado a una carrera de construcción de defensas que, por su esencia, no pueden ya defender y sí, desde luego, abocar a la destrucción. Como McNamara concluye: «En esta situación, ninguna mente humana ha concebido cómo iniciar el uso de armas nucleares con beneficio del iniciador (de su uso)» (16). Hasta los más recalcitrantes expertos, los militares profesionales, tienen que reconocer que «ningún conjunto de defensas puede impedir que un enemigo determinado y con recursos detone armas en nuestro país» (17).

La ciencia moderna ha sido por mucho tiempo el emblema de la convicción en el progreso que los modernos han mantenido. La aplicación del control inteligente a la ordenación e indagación sistemática de la realidad se basa, para el pensamiento moderno, en una fe ciega en la bondad del avance del saber, de ahí que la guerra nuclear se haya convertido en una irregularidad insufrible.

Como ha señalado Philip Slater, «control significa que ponemos un poco de nosotros en el entorno y después lo tratamos como si fuera un estímulo

(12) R. MACNAMARA: *Blundering into Disaster*, New York, Pantheon, 1986, pág. 5.

(13) *Ibidem*, p. 33.

(14) *Ibidem*, pág. 10. Se trata de un mensaje enviado por Nikita Krushév al presidente de los Estados Unidos el 26 de octubre de 1962, durante la crisis de los misiles.

(15) *Ibidem*, pág. 33.

(16) *Ibidem*, pág. 136.

(17) Palabras del major general J. TOOMAY, miembro del Equipo de Estudio de Tecnología para asesoramiento del presidente de EE. UU., también llamado «Panel Fletcher» (*ibidem*, pág. 94).

completamente dependiente de nosotros» (18). Esto nos lleva a mantener la ficción de que las cosas mejoran porque nosotros así lo queremos y porque estas cosas, al ser reflejo de nuestra voluntad, nos tienen necesariamente que obedecer. Claro que, como el propio Slater reflexiona,

«mientras que imaginemos que las cosas están mejorando, nunca re-examinaremos nuestros presupuestos básicos» (19).

Slater ve cómo la idea moderna de control puede peligrosamente conmutar el verdadero saber por un conocimiento para controlar que requiere la interpenetración de trozos de los grupos humanos en su entorno. Se trata de depositar en nuestro entorno fragmentos humanos activados que han de obedecer a las mentes que los injertaron. Con estos fragmentos el hombre quiere mantener ese entorno supeditado *no a sus necesidades, sino a sus deseos*:

«El propósito del control es generar predictibilidad, pero la predictibilidad es aburrida a la vez que segura, y tan fatigosa como reconfortante. Cada acto de dominio reemplaza un poco del entorno por un espejo, y una casa de espejos satisface solamente a gente muy enferma» (20).

Esta situación o, mejor, este diagnóstico que Slater hace, refiriéndose al mundo moderno norteamericano, es el resultado de contradicciones radicales que se encuentran en la misma simiente del modo de pensar de la modernidad. Slater ve que, debajo de la apoteosis del fenómeno que damos en llamar ciencia moderna, se esconde todo un afianzamiento, casi glorioso por su totalitarismo, de la actividad mental del control psíquico. En su opinión, «el peligro surge cuando las secreciones psíquicas del hombre adquieren forma material, cuando sus proyecciones aparecen como objetos físicos» (21). Los avances técnicos, los grandes y pequeños aparatos con los que deberíamos haber hecho más dulce y provechosa nuestra vida, nos han defraudado y nos pueden defraudar todavía más porque son excreciones consolidadas que aparecen en esa casa de espejos en la que el pensar moderno nos ha instalado, rodeados para nuestro sufrimiento de «la maquinaria que hemos vomitado de nuestras entrañas ulceradas» (22).

(18) P. SLATER: *Earthwalk*, Garden City, New York City, Anchor Press/Doubleday, 1974, pág. 10.

(19) *Ibidem*, pág. 3.

(20) *Ibidem*, pág. 10.

(21) *Ibidem*, pág. 11.

(22) *Ibidem*, pág. 212.

III. LA DEMOCRACIA COMO PANACEA

Junto al fracaso de las ideologías más activas en el siglo xx se han desarrollado iniciativas tendentes a sustituir los efectos benéficos de la pedagogía ideológica por los de otras acciones más concretas. Una de esas iniciativas ha sido la del desarrollo. Con la idea de desarrollo se ha querido imponer la visión de que todos los países y culturas del Globo poseen un gran potencial para emerger de la tiranía de cualquier control, sea éste bien del *hardware* de la naturaleza directa o bien del *software* de la naturaleza indirecta de las relaciones humanas, con toda su artificialidad.

El fracaso acumulado de los grandes sistemas totalitarios del siglo, precisamente aquellos que se permitieron la implantación más implacable de una ideología que no tenía competencia ni frenos, es lo que ha arrastrado en la práctica hacia formas más moderadas y a que, con el amargor de tales experimentos fracasados, se busque coincidir universalmente en unas cuantas verdades de uso general. Las ideologías más radicales del siglo han mantenido siempre que la paz sobrevendría con la aniquilación definitiva de las demás ideologías, es decir, *con la victoria*. Pero la imposibilidad de tal evento y el fracaso estrepitoso de la indoctrinación en sus propios territorios ha hecho necesario el contar al menos con algunos terrenos comunes en donde mantener la posibilidad universal de diálogo.

La idea de desarrollo económico es precisamente uno de estos puntos. Globalmente, hoy se admite que el producir más es deseable y que el evitar las oleadas de hambre en países que poseen recursos suficientes para evitarlas debería ser una obviedad apartada del debate caliente de las ideologías. Hoy todo el mundo coincide en que el poner al servicio de la población bienes y servicios de todo tipo, y en cantidad suficiente, es algo tan obvio que sólo el fanatismo más estéril puede ignorarlo. Y tal idea, la de que el fanatismo ciego, tenía que llevar forzosamente adonde desde un principio se hubiera podido predecir, a rechazar una actitud *Miguel Strogoff*, una posición de conservadurismo reaccionario conducente a la *ceguera en plena era de las luces*.

El fracaso del fanatismo como inspirador del funcionamiento del Estado contemporáneo ha llegado a un extremo en que, a pesar de las disensiones ideológicas, los funcionarios de los países más influyentes de la Tierra quieren entenderse de alguna manera. Y el fracaso de la gran pedagogía pública que iba a crear al *hombre nuevo*, ese sujeto ideal que prometen todas las ideologías radicales para consolidar el futuro, ha conducido finalmente y sin re-

misión a la desesperación en cuanto a que la idea germinal que todos los ideólogos acariciaban de reformar al hombre se pueda realizar.

El renunciar a reformar al hombre es una posición de consecuencias deprimentes; la confrontación de los regímenes comunistas con la realidad de unos sentimientos nacionalistas o religiosos inexpugnables ha significado el descrédito de la izquierda en los países industrializados, es decir, la izquierda moderna, que ha comprendido su gran error de no haber dedicado suficiente atención al ciudadano; las advertencias certeras de Nietzsche pidiendo una relevancia esencial para la psicología (23), o la insistencia de los nuevos marxistas en elaborar una antropología y de afrontar al sujeto con más seriedad, responden a este desprestigio de los ideólogos. Por más que lo quieran ocultar, se ha hecho patente la debilidad de sus maniobras violentas de persuasión pública frente al enraizamiento histórico de lo que ellos llamaban el yo.

Este proceso de abandono del *pathos* revolucionario de las *soluciones finales* se comenzó a dar muy poco después del final de la Segunda Guerra Mundial. A los fascistas les llegaría su momento con la derrota militar, y a los comunistas, con el paso de los años y el inmovilismo. En el caso del comunismo ha contado sin duda el retroceso en las libertades públicas, algo a lo que se estaba dispuesto a renunciar temporalmente como un sacrificio político en aras de la limpieza sin mácula que se quería pasar a la siguiente generación. La generación novísima iba a ser pura e iba a dar carne y sustancia a una sociedad no viciada, pero la invasión de Hungría para unos, el ambiente policíaco para otros o simplemente la corrupción manifiesta han ido convenciendo gradualmente a los ciudadanos de los países socialistas de que lo prometido por la propaganda oficial no había llegado ni llegaría nunca. Las barreras interestatales, el famoso muro de Berlín y la huida masiva de 1989 de los ciudadanos de Alemania del Este son evidencias muy dolorosas para el fanatismo comunista. La imagen de miles de jóvenes chinos aplastados por su ejército en la plaza de Tiananmen de Beijing, o la de miles de alemanes del Este abandonando el paraíso comunista son situaciones que enfrentan a los ideólogos comunistas con una realidad desconcertante para la que no tienen explicación.

En cierta medida, este fracaso pedagógico ha sido muy profundo, ya que ha supuesto que la ideología fracasaba para siempre como el medicamento que podía curar a los hombres de su tendencia a herirse unos a otros. Una inclinación, ésta, ancestral que Marx pensó, junto a los grandes pensadores de la Ilustración, que podría ser superada por una pedagogía radical ejercida

(23) F. NIETZSCHE: *Menschliches, Allzumenschliches*; ID.: *Werke in Drei Banden*, München, Carl Hanser, 1966, t. I, pág. 477.

en situaciones de absolutismo ideológico estatal, supuestamente benigno. El bálsamo ideológico era la respuesta moderna y humanista a la tradición arcaica de utilizar el aparato de gobierno para contener la destrucción, si no irremediable, sí terrible, que producirían los demonios políticos del *ser de especie*. Esa destrucción que Alexander Hamilton pondría en la base de la necesidad de gobierno:

«El gobierno supone control. Es ese poder por el cual los individuos en sociedad son mantenidos alejados de herirse unos a otros y son llevados a cooperar para un fin común» (24).

Si tenemos en cuenta que todos los grandes teóricos políticos de la historia han dedicado al menos un capítulo de su obra a la pedagogía, la renuncia a la transformación del ciudadano por la vía de la educación significa una marcada desesperación ante el *fatum* de la vida política. La desconfianza de que a través de la educación se pueda conseguir evitar la guerra o el caos disolutorio equivale a reconocer de una forma muy conservadora que no cabe sino admitir pragmáticamente no sólo lo que hay, como hacía el conservadurismo medieval, sino también lo que se nos pueda venir encima, y, desde luego, olvidarse de querer alterarlo en sus fundamentos. Ante la inaccesibilidad del ser de la que habla Jacques Derrida, no cabe sino instalarse en la miseria metafísica y procurar sobrellevarla con habilidad, y si no con dignidad, ya que es una cualidad moral fuera de este contexto, sí al menos con compostura.

El valor de la democracia aparece a esta luz como un elemento de consenso en medio de un panorama verdaderamente estremecedor (25). De hecho, es lo único que queda, la fe no ya en la democracia como valor en sí, sino en *la democracia como mecanismo*.

Los valores quedan todos secos al perder su contacto con ese subsuelo esencial de la lucha entre lo bueno y lo malo. La aceptación de la inexistencia de posibilidades para la pedagogía política se refleja sobre la creencia en la *pestilencia democrática*. De ahí que se asista hoy a una coincidencia generalizada, de la izquierda y la derecha, en postular los valores de la democracia. Una democracia a la que se considera como panacea para todos los males de la especie, mientras que se agiganta el sentimiento de desprecio, y casi asco,

(24) Declaración fechada en 1774, citado en R. H. KOHN: *Eagle and Sword*, New York, The Free Press, 1975, pág. 157.

(25) R. ENDICOTT OSGOOD: *Limited War. The Challenge of American Strategy*, Chicago, The University of Chicago Press, 1965, pág. 13.

por la condición de los políticos que la desempeñan profesionalmente y se acepta a voz en grito la corrupción generalizada del mundo democrático:

«'Democracia' es un término actualmente confundido y corrompido por un uso indiscriminado, y a menudo tratado con un desprecio autosuficiente, si es que no se le rinde culto tontamente como si fuera la panacea de todos los males humanos» (26).

IV. LA FRAGMENTACION RACIONAL DEL MAPA POLITICO

Entender el mapa como una suma de Estados, es decir, de entidades resultantes de la producción de la historia y dotadas de un complejo burocrático, equivale a creer que la vida, la vida megapolítica, puede ser desgajada por el entendimiento para ser así organizada y controlada. Los Estados modernos, implantados con procesos racionales de digestión de la información y la pasión políticas, trocean la vida con cortes tan profundos que los ciudadanos tienen la sensación de que la política sólo puede surtir del corazón del Estado. Sólo cuando llega a su culmen la productividad del Estado puede empezar a derramarse lo sobrante por los espacios interestatales.

El Estado es la racionalidad consciente de las naciones o de ciertos sujetos históricos a los que se les ha dado ese conjunto de mecanismos legal-formales y de instituciones que lo incorporan. Dentro del Estado existe pasión y acción espontánea, pero su narración *a posteriori* a través de los mecanismos de autorreflexión busca ser siempre y por definición materia que se expresa con un pensamiento pilotado, lo cual, es cuestión de repetirlo, no quiere decir exactamente lo mismo que racional. Los Estados generan mucha actividad mental, cantidades fabulosas de ella y siempre la presentan ornada con la objetividad del *due process*, lo que induce a creer en la ficción de que tales exposiciones de su actividad y de las consecuencias de ella son racionales en el sentido que George F. Hegel dio a este término. Todo lo producido por y en torno al Estado tiene la excusa de que se gesta con el concurso ineludible de la necesidad histórica, eufemismo bajo el que se esconde la realidad de la *brutalidad histórica*.

La concepción estatal de la vida nos condena sin paliativos, y sin avisar, a todos los ciudadanos a una vida bestial subterránea, reprimida e ignominiosa, es decir, a un tipo de vida que nadie puede reconocer ni debe men-

(26) L. MUMFORD: *The Myth of the machine. Technics an Human Development*, London, Secker & Warburg, 1967, vol. 1, pág. 236.

cionar. La presión intolerable de esta bestialidad que se atribuye a *la realidad de la vida* queda literalmente aherrojada por los mecanismos reforzados especialmente para aguantar las avalanchas constantes de brutalidad —egoísmo, fratricidio, perversión— que se vuelcan sobre lo estatal. Sólo si esos mecanismos han sido diseñados a prueba de todo y con astucia puede haber esperanza para nuestra duración y supervivencia.

La implantación de la estatalidad en Occidente ha significado el asentamiento de la razón estratégica y de una cierta tolerancia hacia las estrategias de los demás basada en la desesperanza. El tan celebrado afloramiento del Estado moderno lleva oculto, por eso, también el no tan admitido hundimiento desastroso e irresponsable —por haber sido un hundimiento en el que no se quiso salvar casi nada— del *pathos* religioso y político. La necesidad de ocultar este problema ha hecho que la modernidad se haya tenido que experimentar casi exclusivamente como emergencia. Hay que admitir la excepción del pensamiento reaccionario que, de forma mucho más arcaizante, se ha centrado en la negación de la confrontación mediante el orden y la fuerza predominante como camino más rápido para evitar la ansiedad.

El pensamiento del reaccionario se enfrenta con las fantasías violentas de la imaginación subjetiva volviéndose sobre sí mismo para contemplar el origen de los terrores al ataque, a la destrucción, a la muerte y a la perdición. Este tipo de pensamiento denuncia este artilugio con bastante razón, pero intenta sustituirlo por la fantasía arrebatadora completa. En ese tipo de fantasía reaccionaria el *pathos* no se evapora, sino que, muy por el contrario, impregna todo el pensamiento y lo envara, de forma que cierra el paso a la agonía de admitir la culpa, de aceptar el error, de hacerse cargo de las roturas internas que implica la duda, de responder a una conciencia propia activada en la que lo público sea aceptado sin resistencias, pero también sin sometimientos. En la fantasía violenta del reaccionario la pasión del razonamiento busca con frecuencia *fascinar para que no duela pensar*. La estrategia de esta fascinación puede variar desde la seducción insidiosa de una obsesión que retorna *como una adición al sometimiento* hasta una *furia narcisista descontrolada*.

La aplicación del pensamiento pilotado, inadecuadamente llamado racional, a la comprensión del mundo público se ha sustanciado maravillosamente en la degeneración del Estado como aparato desconectado de sus premisas. Pero, sin necesidad de recurrir a esa etapa de descomposición de lo que podríamos llamar *el Estado barroco*, podemos encontrar en la esencia del Estado una inclinación obligada por la sumersión de todos aquellos elementos no procesables por el *due process*. La coerción ejercida sobre estos elementos llega a tener en ocasiones las características de una verdadera vio-

lencia psíquica. Violencia que resulta literalmente legitimada como coerción internacional o como lucha por el poder, ambas conectadas de una manera u otra con la *condición humana*. Hay conciencias modernas aclamadas que no se recatan en decirlo con claridad:

«Así, por el beneficio de esta luz de la razón ha sido descubierta la *Artilería*, por la cual las guerras llegan a finales más rápidos que antes» (27).

V. ELEMENTOS DISOLVENTES

El sometimiento de la acción política al *due process* quedó sellado definitivamente con el afianzamiento del *informe escrito*, un instrumento burocrático con el que la sumersión de la pasión política se afianza y hace que ésta pase a ser patológica o al menos sospechosa de serlo, y quede desterrada para siempre del reino de la realidad. La pasión se convierte ahora en un ingrediente errático cargado de misterio y de equivocación, una pesadilla o una tentación, y sin duda desprovisto para mucho tiempo de carta de naturaleza como elemento apátrida en los mapas de la consciencia. La secularización hará emblema del texto escrito, del texto canónico o constitutivo, en donde a veces queda todavía algún resto del *pathos* desaparecido después en la práctica moderna.

Los Estados conservan la violencia en sus instituciones militares como necesidad racional, ya que «la coerción es un rasgo indispensable de todas las relaciones humanas en las que la seguridad básica y el orden no pueden ser garantizados por la simpatía innata, la razonabilidad y la moralidad de los hombres» (28). Pero lo sospechoso resulta ser que a los ejecutantes de tan delicada misión, del uso oficial de la violencia guerrera, se les exija sin contemplaciones que no piensen jamás en la inmediatez del combate, por encontrarse para ello demasiado cerca de la escena real y por considerar probablemente que, ante el calor directo de lo real, ellos no podrían pilotar el procesado de su pensamiento. Como el teniente Erkuries Beatty le confesaba a su hermano y congresista en 1785, «un soldado no tiene derecho a pensar; por tanto, yo dejo eso a los que están en el poder y espero que ellos no consientan que un puñado de hombres sean sacrificados por sus locuras» (29).

(27) M. MACLUHAN: *Understanding Media*, New York, MacGraw-Hill, 1964, página 340. Se trata de una cita de J. DONNE en uno de sus sermones, en el que se refiere a las bendiciones de las armas de fuego.

(28) OSGOOD: *Limited War*, pág. 13.

(29) KOHN: *Eagle and Sword*, pág. 67.

A pesar de todo, los modernos consideran «que es más realista... ver la guerra como el extremo superior de una escala completa de conflicto internacional de intensidad y magnitud ascendientes... (y) ninguna definición puede determinar con precisión en qué punto de la escala el conflicto llega a ser 'guerra'. En este sentido, la guerra es una cuestión de grado» (30). Claro que hay que decir que, en realidad, para el pensamiento moderno lo que pasa en la guerra es lo que pasa en el conflicto social, en la vida pública, y sus miserias, por tanto, se puede decir que son las mismas.

La fragmentación esencial que introduce el sistema de Estados en la visión política del siglo xx ha entrado en conflicto con los últimos desarrollos producidos en el mundo actual. Por una parte, las comunicaciones permiten saltarse las barreras establecidas por la autoridad de los Estados, barreras que eran verdaderos límites a la actividad humana; por otro, el conocimiento mutuo y el desarrollo de sentimientos e intereses comunes han alterado no sólo las distancias, sino también *las barreras psicológicas*. Las barreras fronterizas establecen separaciones externas que, a su vez, pretenden inducir con exactamente igual diseño las barreras de los espacios públicos internos. Esa es la razón por la cual la educación nacional, las enseñanzas y los símbolos en general intentan convencer a la ciudadanía de que todos aquellos que viven dentro de unas mismas fronteras soportan por necesidad una misma historia colectiva y participan de unos sentimientos comunes, debidamente organizados, de filias y fobias.

La integración de una misma cultura política se evidencia en los objetos políticos compartidos por sus ciudadanos, y es un deseo constante de los Estados el lograr la cohesión de sus culturas y la coincidencia, a poder ser, de sus culturas nacionales con los límites estatales. Sin embargo, esto no sucede con frecuencia, ya que a veces hasta el Estado se ve obligado a reconocer varias lenguas oficiales y, llegado el caso, hasta nacionalidades internas.

Esta pretensión de mantener los límites estatales coincidentes con los del yo de las naciones equivale a querer atribuir una cabeza estatal a cada cuerpo nacional. Una pretensión ingenua que, además, aparece expresada verbalmente en términos organicistas hoy poco aceptables, aunque —ojo a esto— todavía muy utilizados. La falta de coincidencia entre el mapa de los Estados, que los modernos se apresurarían a llamar mapa político, con el mapa de las cogniciones y afectos políticos es generalmente interpretada como un desajuste que sólo puede acarrear malas consecuencias por su falta de realismo.

(30) OSOOD: *Limited War*, pág. 20.

Pero quizá el elemento más disolvente de los que aquí estamos llamando visión maquiavélica de la política sea la amenaza nuclear. El riesgo compartido de que, por la razón que fuere, se desate una guerra letal para toda la humanidad ha inducido la aparición de nuevos intereses globales y sobre todo de uno esencial: el interés por la supervivencia del planeta. Tiene mucha razón Karl Jaspers en sus reflexiones:

«Cuando la humanidad se hace una al ser amenazada como una sola y al ser capaz, a la larga, de salvarse únicamente como una sola —cuando la supervivencia de cada una de las naciones depende de todas las naciones—, entonces los derechos del hombre llegan a ser la premisa de este resultado, porque nada más que eso puede crear confianza mutua. La base necesaria de la existencia de cada individuo es también la de la existencia de la humanidad, humanidad que, después de todo, es convertida en una sola por un suelo común e inviolado» (31).

VI. REINVENTAR EL MUNDO

La acción del Estado moderno, basada en su esencia racional y en la pura externalidad de su transcurso, ha resultado desbordada en el siglo xx por la aparición de técnicas destructivas que se han escapado de su control. Las capacidades de agresión a su alcance no pueden ser ejercidas de una forma controlada, ya que arrojan al propio Estado a una explosión de violencia que obedece a pautas transnacionales y a consecuencias tan claramente antiestatales como la desaparición de la vida política y el cierre del tiempo histórico en cuyo tapiz el Estado se expresa. Incluso el propio Estado comunista queda atrapado en esta sinrazón que le desorienta, de ahí que tuviera mucha razón Krushev al alarmarse:

«Un conflicto termonuclear mundial... sería, desde luego, una pérdida pesada para la causa del comunismo... Para naciones enteras la cuestión de la victoria del socialismo nunca surgiría en absoluto, dado que ellos simplemente desaparecerían de la faz de la tierra» (32).

(31) K. JASPERS: *The Future of Mankind*, Chicago, The University of Chicago Press, 1961, pág. 34.

(32) La declaración es de un íntimo colaborador de Krushev, citado por MICHAEL MANDELBAUM: *The Nuclear Question: the United States and Nuclear Weapons, 1946-1976*. Cambridge, Great Britain, Cambridge University Press, 1979, pág. 216.

La acción a desencadenar por los Estados que utilicen este grado de tecnología militar es tan fundamentalmente contradictoria, que se sale de los marcos racionales en que la acción estatal se encaja y en los que parecía quedar bajo controles de máxima racionalidad. La paradoja es especialmente patética en el caso del Estado comunista, inspirado programáticamente en una interpretación marxista de las leyes históricas:

«La bomba atómica no se adhiere al principio de clase; destruye a todo el mundo dentro de su ámbito de acción» (33).

Esta contradicción tan peligrosa dentro de la esencia del Estado moderno a la que el mundo ha llegado por su desarrollo tecnológico arroja al mundo maquiavélico a una situación de continuo miedo, pudiéndose decir que «una amenaza de aniquilación sin precedentes ha llegado a ser parte de la vida moderna» (34).

Si existe algo que haya saltado por encima de las fronteras estatales, esto ha sido el sentimiento popular de pertenencia e identificación con el que los ciudadanos se adhieren a un Estado en su implantación en el globo terrestre. Una de las maneras de pensar esta cuestión ha quedado reflejada en la historia de las formulaciones nacionalistas con las que se ha teorizado este problema, pero lo cierto es que, al final del siglo xx, se perciben elementos psicológicos colectivos que ya no responden a esta caracterización estatal del ámbito megapolítico. La «erosión gradual del dogma de la inevitable victoria comunista» (35) y la convicción ineludible de «que una guerra nuclear podría resultar en la destrucción mutua de la sociedad capitalista y comunista» (36) han ido desarrollando claramente un futuro fusionado y universal, común a todos los humanos con conciencia y perceptible con tal de que se cuente con una mínima sensibilidad cívica. Si Malenkov, presidente del Consejo de Ministros de la URSS, declaraba en marzo de 1954, un poco en solitario, que una guerra mundial en la era nuclear significaría «la destrucción de la civilización mundial» (37), hoy se puede decir que su opinión resulta compartida por lo que se puede ya llamar una opinión pública mundial.

(33) Declaración del Comité Central del Partido Comunista de la URSS, citado por J. COFFEY: *Strategic Power and National Security*, Pittsburgh, Penn., University of Pittsburgh Press, 1971, pág. 78, citado también en M. MANDELBAUM: *The Nuclear Question*, pág. 216.

(34) MANDELBAUM: *The Nuclear Question*, pág. 1.

(35) T. W. WOLFE: *Soviet Strategy at the Crossroads*, Cambridge, Mass., Harvard U. P., 1964, pág. 70.

(36) *Ibidem*.

(37) D. HOLLOWAY: *The Soviet Union and the Arms Race*, 2.^a ed., New Haven, Yale U. P., 1984, pág. 31.

El peso con el que los súbditos de los países poderosos apoyaban en otros tiempos las jugadas militares de sus Estados se aligera, ya que esos ciudadanos tienen que estar muy atentos a las repercusiones que tal empuje pueda tener en un posible desencadenamiento de la agresión multipolar. Si el 90 por 100 de los ciudadanos norteamericanos apoyaron el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki en 1945, hoy esa cifra se vería alterada por consideraciones muy serias sobre una posible escalada global (38).

La constante comunicación entre los pueblos más distanciados y el crecimiento de la cantidad de oportunidades para el contacto entre la población de la Tierra ha generado una gama de sentimientos y objetos internos muy amplia, con influencia decisiva sobre las percepciones de la megapolítica. Como con gran visión anticipaban Morgenthau y Thompson, «esta virtualmente ilimitada oportunidad de comunicación intelectual y física ha creado esa comunidad de experiencia que abarca a toda la humanidad y a partir de la cual puede crecer una opinión pública mundial» (39). No obstante, y pese a la unificación producida por los adelantos tecnológicos, no se puede aún decir que se haya conseguido alcanzar una unificación política y moral a escala planetaria. Y, aunque las últimas tendencias hacia la recuperación del mecanismo de mercado y de recuperación de la democracia parlamentaria parecen apuntar hacia tal consenso mundial, lo cierto es que las cosas distan mucho de haber llegado a una situación de homogeneidad universal que nos permita avistar una futura república mundial.

VII. EUROPA COMO PREMIO

El hecho de que la estatalización de la política sea un producto europeo tiene especiales trascendencias. Es evidente que Europa ha aportado al mundo una forma de organizar la vida internacional y lo es también que esta forma ha producido un cierto ordenamiento de fuerzas y situaciones. La organización estatal del territorio planetario creada por la Segunda Guerra Mundial ha dejado a Europa en el medio de los dos grandes gigantes militares del momento. Unos gigantes que, dadas sus dimensiones, su origen y su poderío, no encajan, propiamente hablando, en el ordenamiento moderno de la activi-

(38) Encuesta realizada por la revista *Fortune* en diciembre 1945. Véase GERALD H. CLARFIELD y WILLIAM M. WIECEK: *Nuclear America*, New York, Harper & Row, 1984, pág. 56.

(39) H. J. MORGENTHAU y K. W. THOMPSON: *Politics Among Nations. The Struggle for Power and Peace*, 6.ª ed., publicado originalmente en 1948, New York, Alfred A. Knopf, 1985, pág. 282.

dad interestatal. Con frecuencia, estas grandes potencias amenazan con no respetar, llegando a violarlos en ocasiones, las normas jurídicas y los supuestos morales en los que todo el mundo cree que se basa la organización de la convivencia entre Estados. El respeto escrupuloso a la soberanía de cada Estado, por pequeño que éste sea, y hasta la propia existencia de aquellas normas morales, consideradas inviolables, por las que, en teoría, se deben guiar los Estados, como la no discriminación de razas o religiones, resultan atropelladas con tal frecuencia que casi nadie cree en la honorabilidad de estos artificios del ordenamiento político entre Estados.

Pero el fracaso de este ordenamiento, que parecía aportar a la humanidad soluciones estimables para erradicar la guerra, la injusticia y el atraso económico y social, tiene un punto especialmente sensible en el hecho de que sea la tierra que lo ideó, Europa, la más amenazada por su incapacidad. Descoyuntada por la Segunda Guerra Mundial, Europa disminuyó su hegemonía económica y militar hasta tales extremos, que su identidad resultó alterada en lo más profundo de forma drástica. Sólo se necesita contemplar el caso de Centroeuropa, uno de los segmentos más activos cultural y políticamente en el siglo XIX y primera mitad del XX. Esta región, tan importante para Europa, se ha visto obligada a diluirse en la llamada Europa del Este, un término antifaz del dominio comunista oriental sobre estos territorios que hasta la Primera Guerra Mundial encarnaban el Gran Imperio Austro-Húngaro. La Viena y la Budapest de hoy son un símbolo explícito de esta usurpación.

El hecho de que, frente al uso de los nombres de los Estados, con la nitidez que tal cosa implica, se utilicen en la actualidad sustantivos geográficos como el este o el oeste resulta sintomático. Los nombres geográficos han empezado a sustituir en el lenguaje internacional a los Estados. Y esto ha sido así porque parece entenderse que expresan lo que está pasando en los últimos tiempos con más veracidad de lo que podrían hacerlo los personajes de los Estados. De esta forma, son estos nombres geográficos los nuevos personajes del drama mundial.

Lo mismo que, como hemos visto, existe una Europa que no se sabe si pertenece al este, se produce también un diálogo entre el norte y el sur o una tensión entre el Pacífico y el Atlántico. Y hay que subrayar que las regiones del Globo que aparecen con personalidad en la política global no son sólo detalles geográficos de la historia que se quiere contar, sino actores con una personalidad distinta y única que, por alguna razón, no podrían ser correctamente enunciados con el apelativo estatal.

El Cono Sur de América o el Magreb u Oriente Medio son actores importantes en el tablero mundial, y lo que representan es algo más que una

región del Globo terrestre. Designan realidades que, cada vez más, se aprecian como mal representadas con la simple nominación de los Estados. Y no justifica esta irregularidad el hecho de que en el pasado también existieran realidades transnacionales que no admitían ser encajadas en los moldes estatales, como es el caso de los Imperios, las identidades nacionales o las áreas de conflicto multinacionales.

Lo que aquí estamos señalando es algo diferente de esas divergencias existentes en el pasado. Se trata en este caso de una pérdida de vigor explicativo del esquema estatal y de su decadencia como concepto que pudiera expresar novedades más desarrolladas. Su *desuso por vejez metafísica* es consecuencia del agotamiento de la visión teórica que lo introdujo y de la flacidez de la tensión racional que, con su aplicación, pretendía estar impulsando la vida planetaria hacia una posición más avanzada en la evolución de la humanidad. Con tantas ambiciones, la iluminación de la razón hubiera debido exigirse más precisión y rigor.

Hoy se está produciendo un replanteamiento. Y precisamente eso ocurre porque las mismas razones que hacían del uso del estatismo una necesidad a menudo hoy nos empujan ahora a que lo abandonemos. Hay muchas ocasiones en que el manejo de los Estados como término para la designación de los personajes del drama internacional ya no sirve para contar lo que realmente está pasando. Y resulta tan clara su insuficiencia, que ni siquiera nos permite describir a grandes rasgos la historia más evidente para el espectador medio de los asuntos internacionales.

Si hoy queremos *contar para explicar*, en la mejor tradición moderna de la ciencia, lo que está ocurriendo en el mundo para enterarnos mejor, para evitar la catástrofe por ignorancia y para organizar benignamente el futuro, para todo eso tendríamos que troquelar nuevos instrumentos conceptuales. Sería preciso exigir unos nuevos conceptos con los que poder poner en palabras lo que estamos viendo.

El *declive del orden maquiavélico internacional* se manifiesta en que hoy ya no se puede contar lo que se ve con sus construcciones mentales. Resulta frustrante que, con esos conceptos, ya no podamos pilotar un lenguaje que siga de cerca lo que está pasando a nuestro alrededor, es decir, lo que nuestros ojos presencian, a lo que nosotros *damos presencia*.

La característica tan valiosa de la tradición occidental que consiste en asociar fuertemente la idea de realidad a la de presencia de los sujetos que la sustentan metafísicamente, hace imposible mantener por más tiempo esta divergencia irreversible entre lo que acontece en nuestra presencia y aquello a lo que nuestras narraciones ideológicas quieren dar salida en un texto que lo objective.

Lo grueso de esta desdicha teórica se detecta hoy en Europa mejor que en ningún otro sitio del mundo, ya que Europa es el territorio que ha producido el pensamiento con el que otros continentes encauzan el sentimiento y la acción políticos y el que ha esparcido sus lenguas y lenguajes con un éxito apabullante. Nación, revolución, individuo, democracia, Estado, clase, Constitución y organización son palabras clave que Europa ha metido en la boca de la humanidad emergida de la megapolítica contemporánea, y, de hecho, aquellos humanos que no se miran hoy en sus Asambleas o Parlamentos con estos espejos pueden considerarse excluidos de la historia moderna.

Sin embargo, no cabe duda de que, como describe pesimistamente un experto, también es verdad que «la Europa occidental es en la actualidad un 'premio' que (para los Estados Unidos) es deseable negar a la Unión Soviética» (40). Y es asimismo cierto que, desde el punto de vista de la acción política cotidiana, el contenido de las esencias europeas difundidas por el mundo ha quedado desvirtuado. Estas esencias han agotado su virtualidad en actividades surgidas de otros continentes y que se han salido del marco teórico en el que los europeos han descrito *un mundo que ellos han presenciado*. De este modo, las grandes teorías europeas y las narraciones épicas de sus ideologías se han quedado colgadas en alguna parte y han pasado a ser irreales. Un moderno podría decir hoy que estas construcciones han sido sobrepasadas y que esperan definitivamente un salón en el museo de la historia de la teoría política. Pero tal cosa sería una deformación muy empobrecedora de nuestra sensibilidad.

Las descripciones o explicaciones que se puedan hacer hoy de lo político con los conceptos maquiavélicos son *elementos activados* y que se hallan cargados de fuerza política. Se trata, como ya hemos señalado, de irrealidades, de narraciones épicas que seguro han de contener mucha sabiduría de la que todos nosotros y nuestros contemporáneos podemos aprender, pero han perdido la cualidad de ser narraciones descriptivas y organizadoras de la experiencia externa. Los ojos de finales del siglo xx ven cosas, cosas que sus sujetos *presencian*, que no corresponderán jamás con el *pathos* ni la instrumentalidad del mundo de lo estatal. Lo estatal ya no imagina y ha decaído en pura presentación de *visiones*. Ahí se esencia el derrumbamiento insalvable del mundo megapolítico maquiavélico. Una decadencia que se registra constantemente y con intensidad creciente, tan creciente que a veces ya empieza a ser intolerable en la sensación que el ciudadano tiene de caos y vaciedad simultáneas en sus percepciones de lo político. La misma sensación

(40) D. WATT: «America's Alliances: Europe», en C. BERTRAM (ed.): *America's Security in the 1980's*, New York, St. Martin's Press, 1982, pág. 71.

se produce ante el agotamiento de las *posturas morales* con las que el sujeto se ve a sí mismo en la república y, de forma inexorable, frente a la transustanciación de los conceptos con los que antes el europeo representaba el mundo que *presenciaba* y en cuyas plasmaciones se reencontraba a sí mismo y a su estabilidad mental. Por eso tiene razón Henry Kissinger, precisamente un centroeuropeo refugiado en América, en sus reflexiones sobre alguna de las esencias de procedencia europea, en este caso la democracia representativa:

«La relación de los hombres con los acontecimientos está siendo transformada sustancialmente en casi todas las democracias. El esfuerzo por ser elegido tiene tan poco que ver con el proceso de gobierno, se lleva tantas energías de los candidatos potenciales y tiende a seleccionar de entre los candidatos a aquellos con unas cualificaciones que están tan poco relacionadas necesariamente con lo que habrán de hacer cuando estén en el cargo, que esto es en sí mismo un obstáculo para el pensamiento conceptual... Los candidatos dedican años de sus vidas a concentrarse en cómo salir en las noticias de la noche y no a lo que harán cuando estén en el poder» (41).

VIII. SUICIDIO Y SUPERVIVENCIA MUTUOS

En una carta dirigida a un colega el 2 de febrero de 1983, Andrei Sakharov manifestaba cuáles eran sus últimas conclusiones sobre el estado de la tecnología estatal de guerra existente en el mundo:

«Según datos de expertos de las Naciones Unidas, antes de finales de 1980 el abastecimiento global de armas nucleares consistirá en 50.000 cargas nucleares... Una gran guerra nuclear sería una calamidad de proporciones indescriptibles y de consecuencias absolutamente impredecibles, con las incertidumbres tendiendo hacia lo peor... En conclusión, yo quiero dejar sentado lo importante que es que el mundo se dé cuenta de la absoluta inadmisibilidad de la guerra nuclear, del suicidio colectivo de la humanidad» (42).

(41) H. KISSINGER: «The International Context for U. S. Security», en BERTRAM (ed.): *America's Security in the 1980's*, pág. 53.

(42) A. SAKHAROV: «The Danger of Termonuclear War: An Open Letter to Dr. Sidney Drell», en S. D. DRELL: *Facing the Threat of Nuclear Weapons*, Seattle, University of Washington Press, 1983, págs. 95 y 118.

Sakharov revisaba aquí, sin quizá quererlo, un punto fundamental del orden internacional contemporáneo. Ese punto era el de la necesidad de la coerción como instrumento de las relaciones internacionales o, en otras palabras, el de la validez moral de la potencia de agresión de los Estados como sujetos de la acción mundial.

En el orden maquiavélico internacional que el mundo moderno ha producido, los Estados tienen, como actores que son, las más diversas habilidades para manejarse entre sus pares. La acción estatal siempre va encaminada a la supervivencia, a la necesidad de existir en el tiempo y en el espacio más allá de la vida de sus ciudadanos. Sus fuerzas materiales, su capacidad económica y su entrenamiento militar se convierten así en bazas esenciales en la vida de un Estado. Y, hasta en las visiones menos positivistas del mundo moderno, esta necesidad de supervivencia se da por descontado. El Estado siempre emerge de una manera u otra como el agente colectivo que firma tratados, negocia acuerdos, amenaza, se coaliga y, al final de todo ello, ataca o defiende.

La política de Estado no es concebible sin un respaldo militar. Los Estados humillados por la derrota o el sometimiento aspiran a la emancipación, como en el caso de la Alemania del Tratado de Versalles o de los nacionalismos anticoloniales, y los Estados poderosos procuran cuidar su posición con los medios militares necesarios, por costosos que sean. El sacrificio y la lucha del ciudadano, con sus impuestos y con su vida, si es necesario, promueven unas instalaciones militares protectoras del ser de la nación-Estado.

Una de las presunciones más inquietantes del mundo de los modernos es su supuesto realismo histórico. Dado que ellos han secularizado la vida, alardean de una capacidad ilimitada para aceptar la dura verdad del mercado político, en donde cada sujeto se mueve guiado inexorablemente por leyes que articulan intereses complejos. El pensador moderno, *à la Marx, Freud o Sartre*, pretende ser capaz de mirar al destino a los ojos sin la credulidad del que aún confía en ver en ellos otras vidas futuras. Se enfrenta a lo que hay con un aplomo que casi raya en lo insultante, y lo hace con esa fortaleza porque precisamente *eso es lo único que hay*. Lo afronta con la seguridad del que no se hace falsas ilusiones míticas o religiosas. El pensamiento político moderno, aun en sus variantes menos transparentemente modernas —como es el caso de Michel Foucault—, parte de la base de la naturaleza bélica de la política, y nunca se hace ilusiones sobre la extirpación de tal raíz metafísica.

En el pensamiento moderno la vida internacional es concurrencia de Estados bajo unas condiciones o bien de escasez o de deseo ilimitado, lo que, en último término, produce siempre el mismo resultado, y que no es otro

que *una situación perpetua de amenaza*. Con tal comprensión de la política, la estatalidad se hace sinónimo de garantías militares.

La amenaza militar como elemento esencial de relación entre Estados ha quedado alterada en la segunda mitad del siglo xx. Como ya vislumbraba Oppenheimer en 1946, los éxitos de la tecnología militar han dado entrada a una era diferente:

«Hemos hecho una cosa, un arma de lo más terrible, que ha alterado abrupta y profundamente la naturaleza del mundo» (43).

La utilización de las nuevas tecnologías ha convertido la idea de guerra, que en el pasado siempre se contempló como punto crítico de reordenación de fuerzas políticas y de territorialidades, en la de *suicidio mutuo* o, incluso, de *suicidio global*. Esta es la consecuencia extraída por el presidente del Consejo de Ministros de la URSS al manifestar en marzo de 1954 que una guerra mundial en la era nuclear significaría sencillamente la «destrucción de la civilización del mundo» (44).

Los esquemas estatistas con los que nos vemos a nosotros mismos han quedado por eso totalmente descolocados. Ya no es posible narrar como *hechos presenciados*, en el sentido de presenciar que anteriormente hemos señalado, los acontecimientos que se han ido produciendo en los años de la era nuclear recién estrenada. Los conceptos de la interpretación maquiavélica de la megapolítica y las propias visiones que esta interpretación aporta resultan abiertamente insuficientes para este tema. Los pueblos más instalados en la *acción decisiva* de nuestra época no pueden sentirse tranquilos al ver cómo sus visualizaciones, dibujadas por la teoría de las relaciones estatales, se desenfocan cada vez más, apartándose de lo que realmente se percibe como acción producida de dentro afuera por las entrañas del ser. La estatalidad ha comenzado ya a ser apreciada como una rígida fantasmagoría, y desde los años cincuenta se encuentran diagnósticos exactos de esta minusvalía de la sensibilidad moderna:

«¿Está nuestra raza tan destituida de sabiduría, es tan incapaz de amor imparcial, tan ciega incluso a los más simples dictados de

(43) J. R. OPPENHEIMER: «Atomic Weapons», en *Proceedings on the American Philosophical Society*, 90, núm. 1, enero 1947, pág. 7, citado por R. W. MALCOMSON: *Nuclear Fallacies*, Kingston and Montreal, Canada, McGill-Queen's University Press, 1985, pág. ix.

(44) D. HOLLOWAY: *The Soviet Union and the Arms Race*. 2.ª ed., New Haven, Yale University Press, 1984, pág. 31.

la autopreservación, que la última prueba de su... listeza ha de ser la terminación de toda la vida sobre nuestro planeta?» (45).

IX. LA UNION DE LA HUMANIDAD

La inevitabilidad de la guerra y la incapacidad para teorizar la tecnología, ambas producto directo de lo que podríamos llamar *el orden competitivo de los asuntos modernos*, han llevado a la cultura contemporánea a encarnarse con una sensación ambivalente de estar conduciéndose hacia el suicidio mutuo y de estar generando una nueva sensibilidad compartida, todo ello al mismo tiempo.

La aparición de elementos totalmente nuevos y, además, de alcance planetario, permite hablar en la actualidad de una posible y genuinamente nueva mentalidad global. Por primera vez en la historia de la humanidad la transmisión de información ya no va de un país a otro, de un punto concreto a otro, sino que circula por el Globo a una velocidad tan vertiginosa que puede que hasta pase por el mismo punto varias veces con contenidos cada vez algo diferentes. En particular, el descubrimiento e implantación de los satélites en las órbitas bajas de la Tierra ha convertido al planeta en un auténtico escenario. Los satélites de comunicaciones, al hacer de espejos reflectores de las ondas informativas, han transformado la esfera terrestre en un plano, dando a los humanos la impresión de que sus antípodas viven allá al fondo del espejo. De ahí que tenga razón Marshall McLuhan cuando denuncia la espectacularidad de la vida de la Tierra, a la que ve convertida «en un teatro global que demanda una programación espectacular más allá de todo lo concebido por el viejo Hollywood» (46), y que «el teatro global demanda a la población mundial no sólo como audiencia, sino también como un reparto de participantes» (47).

La existencia de nuevos lazos que unen a las distintas culturas mundiales presuponen de por sí intereses comunes; sin embargo, hay algo más que trabaja en favor de la creación de una mentalidad mundial. En primer lugar, la superposición de los radios de acción de la capacidad de agresión de los diferentes Estados; en segundo, la angustia compartida sobre el cierre del futuro para todos; y tercero, la visualización de la esfera terrestre desde fuera

(45) B. RUSSELL: «Man's Peril», en su obra *Portraits from Memory and Other Essays*, London, Allen and Unwin, 1956, pág. 219, citado por MALCOMSON: *Nuclear Fallacies*, pág. 116.

(46) M. MCLUHAN y B. NEVITT: *Take Today: The Executive as Dropout*, New York, Harcourt Brace Jovanovich, 1972, pág. 18.

(47) *Ibidem*.

del planeta a través de los ojos de los astronautas y de las lentes de los instrumentos que transportan los satélites y las naves espaciales. La nueva percepción de los elementos públicos ha producido de forma brusca una nueva publicidad. *Lo público de hoy no tiene referencia para ser cualificado como tal en el ágora de la comunidad y en ser regido por el Estado, sino que ya ha adquirido entidad en relación con parámetros universales.* La propia literatura llamada de ciencia-ficción presenta claramente personajes del adentro, donde estamos todos los humanos identificados con las mismas cosas, y de afuera, adonde se adscriben todos los demás sujetos no terráqueos. El avance en la transformación de lo público está ya tan avanzado, que existe incluso una guerra de las galaxias; llamada así, entre otras cosas, porque se espera de ella que, en vez de acabar siendo una agresión entre países del Globo, se acabe por convertir en una invitación al patrullaje de las órbitas terráqueas por las tropas de los humanos.

La visualización de una nueva política que no sea la megapolítica del «modo competitivo» maquiavélico está prácticamente superada o a punto de superarse por una nueva tradición bélica galáctica. Se tarde mucho o se tarde poco en este proceso, nadie espera otra cosa que la superación de los conflictos entre los humanos, y no deben ser pocos los habitantes de la Tierra que empiecen a tener sus esperanzas en habitantes foráneos, capaces de aglutinar y forzar a la creación de una república que se preserve a sí misma.

El avance de la tecnología, y en particular el de la tecnología militar, ha puesto en evidencia la pretensión nacionalista de lograr la autodeterminación. De esta manera, una idea central en la evolución del mapa político contemporáneo, la de que todas las naciones tienen el derecho y casi el deber moral de luchar activamente por su independencia y autodeterminación, resulta en contradicción con la praxis militar, informativa y financiera que la evolución tecnológica ha introducido en el mapa mundi. Como el alcalde de Saarbrücken, Oscar Lafontaine, una relevante figura del SPD alemán occidental, llegó a declarar: «Considero intolerable, camaradas, que el presidente norteamericano, por sí solo, pueda decidir sobre el uso de armas nucleares en nuestro país» (48). El alcalde denunciaba una gran falla en el ordenamiento moderno de las relaciones interestatales. Y lo cierto es que la complejidad y carestía de las nuevas tecnologías, su evolución imparable y lo inaprehensible de sus movimientos han llegado a hacer prácticamente imposible ese viejo ideal moderno de la *autosuficiencia*. Un *desideratum* que nadie mejor que el fascismo italiano, en su idea de autarquía, reflejaría.

(48) Citado por D. CHARLES: «Who Controls Nato's Nuclear Weapons?», en *Bulletin of Atomic Scientists*, abril 1985, pág. 45.

La complejidad de la vida moderna es quizá el mejor espejo en el que las grandes grietas de su estructura teórica se muestran: «La totalidad de la vida intelectual moderna es demasiado vasta para ser digerida... (las ciencias) han crecido al paso del monstruo proliferante del conocimiento» (49). La sociedad de masas, el paso de una sociedad de apoyos a una de controles y riesgos, la densidad de las comunicaciones y el desarrollo de la circulación de todo tipo de bienes y servicios ponen hoy en cuestión la democracia contemporánea. Un modelo que se basa en la identificación nacionalista para inducir virtudes cívicas y en el mecanismo de mercado para asignar tales recursos morales. En la actualidad se da por imposible el conocer todos los aspectos de la vida que se ofrecen al observador. Y lo curioso es que esa convicción se traduce en una aceptación relativamente relajada de la imposibilidad de generar nuevas visiones de la política y, en consecuencia, de aportar explicaciones que integren todos los avances del conocimiento. La complejidad deja así de ser una anécdota para convertirse en un ingrediente decisivo de la inhibición del pensamiento que hoy atestiguamos:

«Es por eso escasamente posible acompasar las microespecialidades en una explicación general resumida del pensamiento occidental. Se necesitaría una enciclopedia para hacer el trabajo» (50).

La sustitución del pensamiento teórico por el pensamiento enciclopédico que sugiere este planteamiento reveló una profunda incapacidad para construir una teoría que expanda los horizontes de la experiencia de los pueblos o, como hoy ya se puede decir, de la comunidad humana. La falta de teorización ha sido o bien escondida en excusas históricas o bien enterrada en la complejidad antes mencionada, lo que nos aboca al despotismo moderno de la tecnología.

Una de las dificultades más insoslayables para salir de este círculo vicioso sigue siendo la firme creencia moderna de que siempre estamos yendo hacia adelante, el símil viajero que esconde el juicio moral del *siempre estamos mejorando*. Philip Slater ha llamado la atención sobre este punto tan decisivo en la actitud del ciudadano occidental, y que ha contagiado a todo aquel país que ha logrado pasar los controles de calidad de la modernización:

«Mientras imaginemos que las cosas están siempre mejorando, nunca reexaminaremos los supuestos básicos» (51).

(49) R. N. STROMBERG: *After Everything. Western Intellectual History Since, 1945*, New York, St. Martin's Press, 1975, pág. 245.

(50) *Ibidem*, pág. 50.

(51) SLATER: *Earthwalk*, pág. 3.

Como hemos visto anteriormente, la divergencia entre los acontecimientos presenciados y su narración épica ha generado una divergencia esencial en nuestro tiempo entre lo presenciado y lo que se expresa en nuestro pensamiento teórico. Como consecuencia de ello, el sujeto de finales del siglo xx se ha desvinculado de su experiencia del ser, y como era de esperar, esto ha producido una situación histórica y política tan anómala como determinante de las hazañas de nuestra época. Esta situación es la excrecencia del yo como categoría irreal y embotada por la desvinculación esencial de su ser de toda la riqueza que le es propia. Esta experiencia que el sujeto tiene de sí mismo y de otros sujetos a los que no puede ver como objetos ni como parte de ningún todo, y a los que tiene forzosamente que considerar como otros sujetos compañeros en la desgracia de su desvitalización esencial, le aboca a una realidad nueva, a la que ya sólo resta ser tomada como un constructo lleno de estrategias, como artificio. Y la vida completa queda así aligerada y reducida «a un juego entre gente, sin la mediación de las cosas» (52).

En esta resultante, entregada ya a las plagas de lo lúdico, de lo manipulativo o de lo divertido, no hay sitio moral para lo galante, lo caballeresco o lo heroico, valores imprescindibles en toda experiencia militar de cualquier época y necesarios para articular la doble experiencia de victoria y derrota que toda guerra exige. Claro que estos tres valores «resultan vacíos y falsos en conexión con las armas termonucleares, que pueden, en un futuro próximo, ser dirigidas, con tan sólo apretar un botón, contra la población civil de cualquier sitio situado a miles de millas de distancia» (53).

El mundo moderno europeo procedente del asentamiento cristiano en Occidente, de las reconquistas frente al islam y de la exportación atlántica de su cultura hacia las colonias ha hecho uso de la idea maestra de *lo stato*, un concepto del renacimiento italiano que hace alusión a ideas estáticas y de cristalización formal y burocrática para engendrar un mundo atlántico de fuerte dinamismo. Esa idea, que ha sido exportada e implementada en todo el planeta, ha servido para entender la realidad de las relaciones entre los pueblos de una forma más abstracta y penetrante. Es una creación europea que da acceso a una ideación de la política mundial muy superior, metafísicamente hablando, a los productos de la mera observación o del esoterismo medievales.

El problema de la visión maquiavélica ha llegado con la aparición de ele-

(52) Definición del sociólogo D. BELL, citado por J.-P. DUPUY: «Myths of the Informational Society», en K. WOODWARD (ed.): *The Myths of Information: Technology and Postindustrial Culture*, Madison, Wisconsin, Coda Press, 1980, pág. 4.

(53) O. MORGENSTERN: *The Question of National Defense*, New York, Random House, 1959, pág. 134.

mentos nuevos de la política contemporánea que no permiten ser digeridos por los sistemas conceptuales, y sus consiguientes representaciones del mundo, surgidos al calor del término generatriz que es el Estado. Ello nos ha arrojado a una época que muchos llaman de transición, no porque sepan adónde nos llevan los tiempos, sino porque se les hace evidente que nuestra época nos está sacando de donde estamos. De ahí que la idea de transición contemporánea no sea tan positiva, filosóficamente hablando, como se pretende. La transición de la que hoy tanto nos vanagloriamos tapa una profunda desorientación por un lado y una fuerte depresión de la sensibilidad occidental por otro, que no es que no sepa adónde va, sino que *no sabe bien qué hacer*.

Los tiempos en que estamos aportan una transformación radical de las nociones del espacio y el tiempo en las que el hombre y la mujer contemporáneos han dibujado su vida. Los avances en la tecnología de hoy le abren cada vez más la ventana de las fantasías y del pensamiento imaginativo que ellos creían cerrada de una vez para siempre con la aclaración del mito y la secularización de la espiritualidad con los que comenzó su siglo. Jugadas audaces en la historia intelectual del siglo que encontraron el contrapeso necesario en el ejercicio público de las artes plásticas. El mundo moderno internaliza, mete intencionadamente, cada vez más hacia dentro, su propia pintura, pero no puede evitar que se le escape de su control el riquísimo mundo del alma. La explosión del fundamentalismo religioso viene acompañada de una sensación de caos y de insuficiencia que testimonia todo esto.

La comprensión del mundo internacional que aquí hemos llamado maquiavélica y que, en realidad, es un producto de la vida europea, se ha agotado. La vida contemporánea ha desbordado sus abroches técnicos y está haciendo germinar una sensibilidad nueva, con ilusiones y miedos totalmente impredecibles, para un mundo moderno incapaz de digerir, por agotamiento y por pobreza, tanta opulencia significativa.